

Voluntarios en el siglo XXI

Joaquín García Roca *

La salud de cientos y cientos de voluntariados es más frágil de lo que pueda pensarse. Su excesiva dependencia de la Administración, su cada vez menos independencia frente al poder económico y su alta profesionalización, han sido y son, al mismo tiempo, consecuencia de su grandeza y de su debilidad social.

De cara a un futuro mejor están obligados a reactivar su código genético y su gramática que pasa por la persuasión, la motivación, el convencimiento, la conectividad y construcción de redes sociales, capaces no sólo de solucionar las emergencias sociales, sino generar una esperanza humilde generadora de compromisos que vinculen la suerte de unos con otros.

En las últimas décadas han proliferado formas de proyectar la colaboración entre las personas, de promover las relaciones de ayuda interpersonal y de procurar por el bien común. La diversificación de formas solidarias coexiste con dinámicas de concentración que se despliegan en leyes de voluntariado, en códigos éticos, en plataformas del Tercer Sector, en coordinadoras de organizaciones cívicas. La diversificación les domicilia en la densidad de lo cotidiano, mientras que la convergencia les convierte en un nuevo actor social en constante innovación y creatividad¹.

* Universidad de Valencia.

¹ He colaborado a la construcción del mundo del voluntariado en: *Solidaridad y voluntariado*, Santander, Sal Terrae,

Este Año Europeo del Voluntariado, cuyo objetivo es mejorar su calidad y valorar la participación cívica, invita a explorar nuevos horizontes, advertir las transformaciones inducidas por los nuevos contextos socio-culturales y señalar las transiciones que la acción solidaria vive en su proceso de maduración.

I. Las tres almas del voluntariado

La construcción actual del voluntariado es resultado de tres principios vitales, uno de ellos tiene el estatuto de la convicción, el otro la lógica de la organización y el tercero la condición de movimiento social.

Sentimientos morales

El voluntariado arraiga en motivaciones morales y sentimientos pro-sociales, que actúan como aliento vital y energía interior, y se cultivan en hábitos del corazón. En la acción solidaria se reconstruye la

musculatura moral y se reinventan valores en torno a la centralidad de la persona, al cuidado de la tierra y a la responsabilidad ante el sufrimiento. Hay una liberación de la bondad de cada persona que cristaliza en una amplia geografía de servicios de proximidad, ejercicios de vecindad y relaciones de ayuda. La vida cotidiana está trenzada de acciones que se realizan gratuitamente a favor del otro, unas veces custodiando niños, prestando alimentos otras, creando redes locales e internacionales, devolviendo una ilusión, compartiendo el peso de la vida, defendiendo un derecho o cicatrizando una herida.

Por gratuidad, generosidad, altruismo, magnanimidad o civismo, el voluntariado se sabe reclamado, amonestado, frágil, deudor de respuesta; y desestabiliza a todos aquellos que se creen sólo portadores de derechos sin admitir deuda ni obligaciones hacia los otros. Cuando se pierde la experiencia de gratuidad, que es el corazón de lo viviente, se desliza hacia la mercantilización de la vida.

Organizaciones cooperantes

Los sentimientos se despliegan en asociaciones que aspiran a gestionar recursos y producir bienes relacionales. Puede existir generosidad y altruismo, cooperación y ci-

Santander, 1994; *Contracultura de la solidaridad y exclusión social*, HOAC, Madrid, 1998; *En tránsito hacia los últimos. Crítica política del voluntariado*, Santander, 2002; *Espiritualidad para voluntarios. Mística de la solidaridad*, PPC, Madrid, 2011 (en prensa).

vismo, donación y magnanimidad, pero si no existe una base social organizada no hay voluntariado maduro. No sólo se *es* solidario, sino que se *hace* solidaridad mediante la acción y la presencia pública, en una íntima relación entre convicción y organización. Los voluntariados actuales hacen de las capacidades humanas su recurso más esencial; su capital son los mismos voluntarios, con sus potenciales y sus iniciativas, con su creatividad y sus ilusiones, con sus habilidades y sueños; y de este modo se incorporan «a la ecología social de la sociedad post-industrial» (Drucker, 1993: 60).

Son asociaciones de capital humano, que se aplican a la defensa del excluido, a la atención hospitalaria, a la promoción de la salud, a la defensa de la naturaleza, a la cooperación internacional y a la cultura de la organización mediante la prestación de servicios, la evaluación y formación continua en el interior de una asociación en la que se comparten valores y sentidos, y se experimenta a escala humana la sociedad que se desea más allá de las relaciones burocráticas y anónimas.

Movimiento social

El accionar solidario se propone transformar las relaciones injustas

de poder, que causan sufrimiento e injusticia. Incluso aspira a hacer que lo necesario se haga históricamente posible. Explora un modelo de sociedad, que tiene que ver con otro mundo posible y necesario, y se acredita en la promoción de una contracultura, en la movilización social y en la defensa de los derechos de quienes no los tienen reconocidos. Son sueños diurnos que orientan hacia la acción colectiva e intentan transformar la sociedad mediante el ejercicio de la ciudadanía activa y el protagonismo social.

El voluntariado recupera de este modo su dimensión pública, que favorece el *empoderamiento* de aquellos que están desprovistos de poder. Recupera su dimensión militante al privilegiar a los que están peor situados y transformar sus condiciones de vida sin desplazar, a un segundo plano, el carácter conflictivo de la realidad, la situación dramática de las desigualdades y la necesidad de estrategias políticas que vayan más allá del «neocapitalismo compasivo» y del «asistencialismo benéfico».

II. Las derivas del voluntariado

Los tres principios interactúan en una difícil alquimia entre una virtud pro-social, que responde a códigos íntimos de conducta; a una

organización, que presta servicios, y a un movimiento social, que promueve alternativas. Con sólo sentimientos, los voluntariados pertenecen al reino de las bellas almas, si sólo hay organización son un simple componente del mercado de lo social y si sólo se sustancian en movimiento social se hacen acreedores a la retórica.

En la actualidad, la acción voluntaria recorre un difícil camino hacia su madurez sin poder evitar, en muchas ocasiones, la cooptación administrativa, la colonización económica y la dependencia técnica.

Cooptación administrativa

Al tiempo que el Estado moderno asume sus competencias y se responsabiliza de la provisión de servicios, la acción voluntaria se limita a ser un simple colaborador de las competencias estatales. La euforia en el poder de las Administraciones ha reducido la participación social a la insignificancia. Sostiene que si el Estado funciona bien, todo lo demás es innecesario, residual y contraproducente. Sólo cuando las Administraciones públicas se consideran incapaces o insuficientes, se solicita la colaboración de los ciudadanos para mantener el Estado de Bienestar como se lee en los preámbulos de las leyes del voluntariado.

De este modo, los voluntariados se convierten en entidades colaboradoras e instrumentos para la realización de los compromisos generales; se establecen contraprestaciones e incentivos para agradecer a quienes aligeran sus cargas.

En justa correspondencia, la acción voluntaria llega a interpretarse a sí misma como un sustituto de la responsabilidad pública, que convierte en graciable lo que debe garantizarse por derecho. La centralidad del Estado fragiliza las iniciativas sociales y arroja sobre los voluntariados una sospecha sobre su utilidad en la medida que el ideal es la gestión administrada. El despliegue práctico de este modelo ha generado las múltiples Direcciones Generales del Voluntariado en las Administraciones públicas.

Colonización económica

La transformación de los recursos benéfico-asistenciales en servicios públicos significa la entrada del voluntariado en la cultura económica, que apostaba por la eficacia en la prestación, tecnificación y profesionalización de la acción social; se pone en valor la utilidad económica de los servicios de voluntariado. Junto a la cultura de la organización, introduce la especialización del voluntariado (so-

cial, cultural, ecológico, sanitario, cooperación, protección civil...). El énfasis económico de las organizaciones solidarias ha generado la competencia entre organizaciones sin ánimo de lucro que concurren a las mismas subvenciones y en el mismo campo de juego. Pero, sobre todo, se produce la reducción del voluntariado al llamado Tercer Sector, dotándole de un espacio social propio junto al sector público y al sector privado.

Con la incorporación de los voluntarios al mercado social, la gestión desplaza a la transformación y las necesidades ocupan el espacio de los derechos (Petrella, 1997). En la actualidad, hay una sobreactuación de la organización empresarial, inducida por la ideología neoliberal, con el consiguiente olvido de las otras dos dimensiones. Se deriva hacia el *projectismo* para alcanzar subvenciones en un mercado cada vez más saturado y fragmentado, donde las asociaciones compiten por lo mismo. Este impulso económico llevará a muchas instituciones, públicas y privadas, a la deriva de sustituir contratados por voluntarios.

Mientras se desarrolla progresivamente el mercado social, se debilita la dimensión política del voluntariado y se abandonan los lugares de exclusión, para atender a un mercado de aspiraciones que

les convierte en un suplemento del alma.

Dependencia técnica

La identificación de la acción social con el trabajo asalariado ha producido la tercera deriva del voluntariado actual. La profesionalización, que constituye un capítulo esencial de la modernización de las políticas sociales, ha supeditado el papel de los voluntarios al trabajo de los *técnicos*, hasta convertirlos en meros auxiliares. Su dependencia les lleva a cumplir sólo funciones de apoyo con respecto al profesional asalariado, que se convierte en referente de la acción idónea y acreditada. Las actuaciones voluntarias quedan bajo la supervisión de los profesionales. Mientras la relación laboral implica permanencia en el servicio, cualificación profesional y rigor, al voluntariado se le atribuye inestabilidad, un desempeño esporádico, falta de cualificación técnica, ausencia de un compromiso estable y continuado.

No cabe duda que la construcción de los sistemas públicos se debe sostener sobre personal especializado y sistemas expertos. Pero no es necesario que esta conquista se sostenga sobre la mentalidad de suma cero ni sobre la falta de idoneidad del voluntario. Se consa-

gra el desencuentro entre asalariados y voluntarios, y en lugar de que los técnicos sirvan a los ciudadanos, son éstos los que cumplen tareas que la ley atribuye a los profesionales. En lugar de la colaboración, se asiste a la dependencia; en lugar de espacios sociales de creatividad, se producen lugares administrados; en lugar de celebrar la participación ciudadana, se teme y desactiva. La exaltación de los sistemas expertos pierde el aliento social, que se sustancia en iniciativas autónomas y autoorganizadas.

III. Las transiciones de la acción voluntaria

La acción voluntaria es siempre contemporánea y, por oficio, está requerida por las expectativas de un tiempo, por los gemidos de las personas, por las heridas de los corazones. Se siente permanentemente exiliado de sus certezas y en búsqueda de nuevas prácticas sociales, de mapas conceptuales y de otros modos de gestionar las necesidades. Edgar Morin (2010: 3) ha sugerido la imagen de la *metamorfosis* en la que coexisten la autodestrucción y la reconstrucción como se observa cuando la oruga se destruye para generar la mariposa, o como los estados y patrias se destruyen para reconstruirse en

una sociedad-mundo que les engloba a través de procesos de globalización.

De las emergencias a los procesos

«Están más dispuestos a enterrar a los muertos que a hacer crecer la vida», comentaba un superviviente del terremoto de Haití. Cuando se renuncia a las emergencias, Haití queda condenado a muerte; cuando no se sabe sostener un proceso comunitario a través de políticas de cooperación y desarrollo, Haití vive una segunda destrucción.

Los voluntariados maduros acometen la transición *de las emergencias a los procesos*; están preocupados en conciliar la asistencia con la prevención, el cuidado con la defensa de un derecho. Esta metamorfosis pretende abrir las acciones puntuales a procesos sostenidos, la intervención a corto plazo a la participación a fuego lento.

El poder destructivo de las crisis actuales ha creado situaciones que requieren intervenciones urgentes, focalizadas e intensivas, como se escenifica en los bancos de alimentos, en las colas del INEM, en los supervivientes de un tsunami, en el lecho de un enfermo terminal. Nadie puede desatender la urgencia de un clamor que estima la inmediatez de la ayuda y el tiempo corto de la resolución.

En la actualidad, sin embargo, el voluntariado está comprometido en explorar modelos de acción que permitan en el interior de las emergencias iniciar itinerarios sostenidos, desarrollos locales e implicación comunitaria. Con frecuencia, la frustración de la ayuda se produce cuando no inicia itinerarios hacia la ciudadanía activa y responsable. La frustración de las políticas de ayuda humanitaria desplaza la cooperación al desarrollo, como sucede en algunas grandes agencias internacionales, que se han convertido en simples ambulancias mundiales vinculadas a la guerra, a las carestías, a las hambrunas, a las catástrofes naturales. Mientras la cooperación muestra una gran fatiga, quizá porque los resultados son lentos y menos vistosos, la emergencia goza de estima social y política.

De la acción individual al proyecto colectivo

No es el heroísmo de la acción individual lo que caracteriza al voluntariado maduro, sino la incorporación a dinamisismos que se sustentan sobre la colaboración y la acción colectiva. Las poblaciones dejan de ser *objetos* de atención para considerarse *sujetos*. Los voluntariados actúan no tanto sobre las personas, sino con ellas y a partir de ellas. Rompe el esquema «tú

eres el problema y yo soy la solución», para generar el «nosotros somos el problema y nosotros somos la solución».

Obrar con otros es el código genético del voluntariado y su gramática es la persuasión, la motivación, el convencimiento. Su acción es a la vez razonamiento y relación, argumentación y co-producción. Se rompe, de este modo, el esquema asistencial por el cual unos tienen la solución y otros el problema, unos dan y otros reciben. En la relación solidaria, todos entran en juego, las personas y los contextos, las historias personales y las tramas sociales, los salvados y los perdidos. Y de este modo hay un *plus* en la interacción al modo como un partido de fútbol no es sólo la suma de las acciones individuales, sino algo que acontece en la articulación de cada jugador. Es el llamado *efecto de interacción* que resulta del condicionamiento recíproco.

La densidad y complejidad de los problemas hace que nadie por sí solo esté en condiciones de abordarlos, se necesita hablar, confiarse en los otros, motivarse mutuamente, inmunizarse frente a todo caudillismo o mesianismo social para ampliar la responsabilidad común, conformar lugares e instituciones que favorezcan la colaboración, aunque sea a través de la

confrontación, la negociación o el diálogo. Los ciudadanos pasan de consumidores a co-productores a través de sinergias de complementariedad y enriquecimiento mutuo. Y si es el caso, juntos lloran, juntos se enjuagan las lágrimas, juntos oran y juntos evitan una injusticia.

Hay tradiciones que enseñaron a caminar juntos en alianzas y en compañía. En la actualidad hay un reclamo de *plurales actores*. Se necesitan actores políticos, económicos, sociales, culturales y religiosos que se relacionen y se completen a través del diálogo abierto y de la deliberación pública. «Todos soltamos un hilo, como los gusanos de seda. Roemos y nos disputamos las hojas de morera, pero ese hilo, si se entrecruza con otros, si se entrelaza, puede hacer un hermoso tapiz, una tela inolvidable» (Rivas, 1998).

De la dependencia a la acción creadora

Sostiene la madre de la Plaza de Mayo que «al tener noticias de que mi hijo ha desaparecido (conocer), un tigre nació dentro de mí (emocionar), y desde entonces no he hecho otra cosa que buscarle (actuar)». Es la pasión y la incumbencia haciéndose. No se puede conocer el hambre del mundo y

permanecer insensible; no se puede ser sensible y permanecer inactivo; no se puede conocer el horror de una catástrofe, injusticia o desamor y mirar hacia otra parte.

La acción voluntaria concilia el conocimiento, la ética y la política, con sus respectivas lógicas y dispositivos. Los voluntarios no son observadores sentados sobre el pedestal de la silla de tenis que miran, juzgan y controlan, sino observadores participantes que quedan afectados por la realidad. Y de este modo, la acción voluntaria se abre a la transformación y se hermana con el reino de las posibilidades; no se conforma con instalarse en la realidad, sino que postula que un mundo mejor es posible. La visita a la cárcel no termina ni transforma la cárcel, pero empieza germinalmente lo que puede ser un mundo sin cárcel; el acompañamiento a los niños marginalizados, no termina con la marginación de los niños, pero produce germinalmente un mundo inclusivo.

El voluntariado maduro participa de la cultura del cambio social: existe porque las cosas pueden ser de distinta manera y está en nuestras manos cambiarlas y mejorarlas. Incuba acciones anticipatorias en un horizonte de transformación; inventa posibilidades que la realidad admite, y despliega nuevas potencialidades. «Cada acción es o

la realización de posibilidades, o el arranque de posibilidades, o ambas cosas a la vez» (Marina, 1994). No intenta restaurar una comunidad orgánica ni propiciar la vuelta al orden natural ante los cambios sociales, sino que cae de parte de las oportunidades y acentúa la capacidad de salir adelante.

De las prestaciones a las relaciones

Cuando Albert Camus en su obra póstuma *El primer hombre* se pregunta quién pudo romper el destino de exclusión que pesaba sobre aquel niño, nacido en un barrio de Argel, «donde la pobreza y la ignorancia volvían la vida más dura y desolada», le atribuye un papel decisivo a su maestro de primaria porque «no se dedicaba solamente a enseñarles lo que le pagaban para que enseñara: los acogía con simplicidad en su vida personal, la vivía con ellos contándoles su infancia y la historia de otros niños que había conocido, les exponía sus propios puntos de vista, no sus ideas». Es decir, que junto a las prestaciones escolares en razón del oficio de maestro, producía unas relaciones educativas que se activan en el encuentro y la gratuidad. El voluntariado maduro concilia las prestaciones materiales, que se producen en contextos administrados o mercantilizados, con el ofre-

cimiento de sentidos para la vida, vinculados a la identidad, a los mundos vitales, a los valores.

Después de largos períodos en los que se han enfatizado los productos y las prestaciones, se pone en valor la producción de significados personales, sobre todo, sentido de pertenencia, confianza, identidad y reconocimiento. Son bienes relacionales que se producen en gratuidad y donación, proximidad y personalización; ofertas que señalan fines y valores, utopías y esperanzas, asombros y desencantos. Los bienes relacionales acontecen en el encuentro mismo; todos son actores que co-determina el proceso mismo. Se adquiere tempranamente a través de la experiencia del cuidado en el niño y de la *confianza básica* (Eric Erikson), en la *matriz de esperanza* (Ernst Bloch), en el *coraje de vivir* (Paul Tillich), en *anclaje en la realidad* (Anthony Giddens).

Del mirar al ver

«Dicen que hay muchos asesinatos: puede ser, pero yo personalmente no los he visto», afirmaban algunos ciudadanos en aquellos días de la tragedia nazi. Cuando la época hitleriana inició su declive, aparecieron los prisioneros de los campos, eran fantasmas hambrientos, con disentería y sin fuerza. Los habitantes quedaban confrontados a ver. «Yo no vi nunca la cámara de

gas», decía el médico que acreditaba la salud de los ajusticiados (Canevaro y Chieregatti, 1999: 39-40). Quien visite ahora algunas de aquellas ciudades verán que ya no tiene ninguna huella del horror. Se ha cancelado la memoria porque es más útil para la población tener zonas residenciales que lugares de la memoria.

Los analistas del nazismo se preguntan cómo es posible vivir junto al horror y no verle, cómo es posible cancelar la memoria. Sólo es posible si quienes viven en esta situación carecen de estructuras conectivas y desaparecen todos los vínculos, que conectan unas cosas con otras, unos lugares con otros. Precisamente los campos de concentración consisten en eso, en romper las conexiones, en romper el ritmo, neutralizar el antes y el después y de este modo matar la vida, que es trama, conectividad, interconexión.

El voluntariado actual vive el nacimiento de una nueva residencia mental y cordial basada en la conectividad. No es suficiente caminar, sino mirar en el retrovisor y ver las tramas de la realidad, verla cargada de historias, intereses, conflictos y expectativas. Con frecuencia la economía del don es incapaz de afrontar los conflictos sociales. Es necesario proyectar el futuro en red, crear alianzas que

universalicen los derechos y las responsabilidades. La acción voluntaria ve la realidad como un conjunto de conexiones, y a las personas envueltas en contextos, tramas e itinerarios, que se sostiene sobre una visión sistémica y ecológica de la vida. La lógica de la vida inaugura dinámicas de redes, que ven en la vinculación y en la *autopoiesis* sus conceptos claves (Capra, 1998: 28-55).

Es la aspiración que ha escenificado literariamente Antonio Skármeta en *El cartero de Neruda*: el poeta desde París, enfermo y añorado, le pide a Mario, el voluntario cartero, que le ayude a recuperar a través de sus sonidos los paisajes que ya forman parte de su identidad y que necesita para seguir viviendo: «Quiero que vayas con esta grabadora paseando por Isla Negra, y me grabes todos los sonidos y ruidos que vayas encontrando (...). Mándame los sonidos de mi casa. Entra hasta el jardín y haz sonar la campana (...). Y ándate hasta las rocas, y grábame la reventazón de las olas. Y si oyes gaviotas, grábalas. Y si oyes el silencio de las estrellas siderales, grábalo».

De la asociación a la organización-red

Los voluntariados actuales exploran nuevos modos de gestionar

las necesidades y los riesgos, más allá de la autosuficiencia de cada asociación y de su fragmentación. Con frecuencia, el paisaje de la acción voluntaria es la suma de asociaciones sectoriales, no siempre armonizadas, fragmentadas y a menudo descoordinadas.

La revolución actual de la experiencia del espacio y del tiempo permite pasar de organizaciones basadas en la gestión, control y dominio jerárquico, a un modelo caracterizado por la inmediatez, la flexibilidad, la subjetividad y la conectividad que presta atención a las interacciones de los problemas, a los mecanismos integradores y a las organizaciones en red para «afrontar la incertidumbre, las nuevas dimensiones de complejidad y las potenciales oportunidades» (Club de Roma, 1991: 198).

La red expresa la interdependencia de todos los actores cuando nadie por sí solo es capaz de gestionar el flujo de intercambios, las interacciones humanas y la implicación mutua y permanente. Es a su vez una alternativa al modelo burocrático y centralizado, ya que alude a una existencia capilar y convergente entre los movimientos sociales y las instituciones, entre el Norte y el Sur, entre los inmigrantes económicos y los desplazados políticos, entre las comunidades rurales y

los medios de participación, como muestran las redes sociales, la sociedad-red local y mundial y los espacios políticos transnacionales (Bauman, 1995; Castells, 1997).

De la impotencia a la acción esperanzada

«Yo sé que volverás», con estas palabras la abuela despide al protagonista de la historia que Harta Muller, Premio Nobel de literatura, relata sobre la deportación de los gitanos de Rumania por parte del régimen estalinista, al acabar la II Guerra Mundial. «Una frase así te mantiene toda la vida. Ya te pueden aniquilar la individualidad, como sucede desde el momento que te introducen en un vagón hacia ninguna parte, ya te pueden dar órdenes que no entiendes en ruso, pero sí captas el desprecio y la humillación... Si mantienes el eco de aquella voz, nace una esperanza difícil de claudicar». «En el fondo, sólo me interesa la esperanza obstinada y tímida, que en algún momento y en algún lugar, alguien piense en mí» (Müller, 2010: 188).

El voluntariado maduro es inductor de esperanza a través de compromisos humildes que vinculan a la suerte del otro. Camina confiadamente en el interior de la densidad histórica porque siempre hay

alguien que te espera. A través de la solidaridad, la oscuridad sigue tan densa como antes, pero ahora está habitada por la pasión del encuentro.

La historia del voluntariado no corrobora la apatía ni la decepción, sino el cumplimiento de algunas esperanzas, que trajinan sin ruidos ni espectáculos, como la pequeña honda de David. La lanzadera es patrimonio de la cultura del voluntariado.

Lo sorprendente no está en la caída, sino en el vuelo; no está en el estancamiento, sino en la creatividad. La esperanza del voluntariado se produce cuando se pregunta qué podemos recibir de los Terceros y Cuartos Mundos, qué necesitamos de ellos para realizarnos como seres humanos, qué podemos recibir desde los pueblos crucificados y periféricos, desde los socialmente insignificantes. Como recordaba Ernst Bloch, «el Mesías no volverá hasta que todos estén sentados a la mesa».

Bibliografía citada

BAUMAN, Z. (1995): *Vidas desperdiciadas*, Barcelona, Paidós.

CANEVARO, A., y CHIEREGATTI, A. (1999): *La relazione di aiuto*, Roma, Carocci.

CAPRA, F. (1998): *La trama de la vida*, Barcelona, Anagrama.

CASTELLS, M. (1997): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vols. 1, 2 y 3, Madrid, Alianza.

CLUB DE ROMA (1991): *La primera revolución mundial*, Barcelona, Plaza Janes.

DRUCKER, P. (1993): *La sociedad poscapitalista*, Barcelona, Apóstrofe.

GARCÍA ROCA, J. (2004): *Solidaridad y voluntariado* (1994), Santander, Sal Terrae.

En tránsito hacia los últimos. Crítica política del voluntariado (2002), Santander, Presencia Social.

Espiritualidad para voluntarios. Mística de la solidaridad (2011), Madrid, PPC.

MARINA, J. A. (1994): *Ética para náufragos*, Barcelona, Anagrama.

MORIN, E. (2010): «Elogio de la metamorfosis», en *Letra Internacional*, n.º 107.

MÜLLER, H. (2010): *Tot el que tinc, ho duc al damunt*, Alzira, Edicions Bromera.

PETRELLA, R. (1997): *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Madrid, Temas de Debate.

RIVAS, M. (1998): *El lápiz del carpintero*, Madrid, Alfaguara.

SKARMETA, A. (1985): *El cartero de Neruda*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana. ■